

VIAJEROS COSTUMBRISTAS EN FRANCIA (EN TORNO A LOS VIAGES DE FRAY GERUNDIO)

LUIS F. DÍAZ LARIOS

Correa Calderón ha definido el artículo de costumbres como «un tipo de literatura menor, de breve extensión, que prescinde del desarrollo de la acción, o ésta muy rudimentaria, limitándose a pintar un pequeño cuadro colorista, en el que se refleja con donaire y soltura el modo de vida de una época, una costumbre popular o un tipo genérico representativo».¹ Habría que añadir también la intención moral y el sentimiento nostálgico del pasado con que los escritores del género pretendieron afirmar lo español castizo frente a las modas foráneas.²

Ello se explica en parte por las especiales circunstancias de la vida española de principios del siglo XIX, sometida a un flujo y reflujo de acciones contrarias que, desde los comienzos de la centuria, evidencia una honda crisis de conciencia reflejada en la literatura. Ésta adquiere una dimensión social nueva, determinada por el espíritu del Romanticismo y por la aparición de la incipiente burguesía.

El dinamismo que cobra la vida española, abierta a innovaciones que ponen en peligro la pervivencia de costumbres tradicionales, es percibido por un grupo de escritores que pretenden fijar la realidad nacional cambiante a través de un género en auge, en gran medida condicionado por el desarrollo de la prensa periódica.

A esta sensibilidad ante el paso del tiempo que convierte en perecedero lo que parecía inmutable, hay que sumar el deseo, constante en todos los costumbristas, de captar las formas de vida hispánica *desde dentro*, reaccionando ante las interpretaciones más o menos peregrinas que los viajeros extranjeros hacían del país y de sus ha-

1. *Costumbristas españoles*, Madrid, Aguilar, 1950 (2 vols.), «Introducción», I, p. xi.

2. Véase el penetrante estudio de J. F. Montesinos, *Costumbrismo y novela*, Madrid, Castalia, 1965 (2.ª ed.); en especial, pp. 43-51.

bitantes, atentos a descubrir el pintoresquismo de una España que surgía ante sus ojos como la encarnación de lo romántico, de lo exótico y de lo heroico. A partir sobre todo de la guerra contra Napoleón, fueron muchos los visitantes que vinieron a comprobar por sí mismos el paisaje diferente, los tipos y comportamientos humanos, el ambiente excepcional de una tierra imprevista.³

A esta visión *desde fuera* opusieron los costumbristas la suya, con declaraciones expresas de las descripciones hechas por ultramontanos, en especial franceses. Mariano José de Larra, tan poco sospechoso de casticismo, caricaturiza a este «perspicaz» viajero que en una semana de estancia entre nosotros apunta en su cuaderno de notas una serie de ridículas observaciones con las que pergeña un disparatado libro sobre nuestro país:

«Acabados los ocho días, a París; inmediatamente, a buscar un impresor; suda la prensa, y en menos de otros ocho todos los periódicos anuncian pomposamente: *Viaje de M. Black por España; el autor ha recorrido aquel extraño y remoto país con su acostumbrada penetración; los usos, las costumbres, la índole, las leyes, la religión, etc., etc., nada ha dejado de ver M. Black.*

»Los lectores encontrarán en estos viajes una idea exacta y completa de cuanto se ha escrito de España, de cuanto aquí pasa y de cuanto no pasa. ¡Bien haya M. Black y estos pícaros de extranjeros tan observadores!»⁴

Ejemplos como el aducido podrían espigarse sin dificultad en la obra de los demás costumbristas. Todos ellos participaban de igual recelo ante la pintura que de los hábitos nacionales hacían los forasteros. Esta incómoda sensación de sentirse observados fomentó la introspección —como en el caso de Larra— para descubrir la realidad circundante en un acto de afirmación colectiva.

Pero no se limitaron a mirar con ojos críticos o complacientes el terruño. Su voluntad de *pintar a los españoles por ellos mismos*, que hasta cierto punto cabría interpretar como una reacción xenófoba, se articula dialécticamente con el interés por el extranjero, que les llevó a emprender el camino de los viajeros venidos de allende los Pirineos, pero en dirección contraria. También viajaron por Europa con el deseo de registrar los rasgos diferenciales de los países que visitaban. Y sus impresiones dieron lugar en más de una ocasión a epistolarios, artículos y libros que, apenas atendidos por la crítica, constituyen una interesante aportación española a la lite-

3. Véase R. Foulché-Delbosc, *Bibliographie des voyages en Espagne et au Portugal*, París, 1896; A. Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*, Roma-Florencia, 1942-1944; y, sobre todo, L. F. Hoffmann, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, Université de Princeton-Presses Universitaires de France, 1961.

4. *Artículos*, ed. de C. Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1964; pp. 189-190.

ratura de viajes del siglo XIX, y complementan, desde otro ángulo, obras más conocidas.

Aparte la constatación de su existencia misma, merecerían estudiarse como contrapunto de la actitud que muestran un Borrow, un Mérimée, un Gautier, un Latour... La ternura del primero, la falsedad y fantasía de los segundos, la fruición evocadora del último tienen en común cierta complacencia en destacar el exotismo del país visitado, que contemplan como una reliquia del pasado.

A la *España vista por los extranjeros* cabría oponer la *Europa vista por los españoles*. También éstos registran sus observaciones sobre las tierras y ciudades que recorren. Pero al describir y comentar las distintas características económicas, políticas y culturales, subrayan lo que tienen de expresión de una sociedad moderna. No se limitan a dar cuenta de los monumentos o de las bellezas que encuentran a su paso: admiran los avances técnicos, el desarrollo del comercio y de la industria, de los transportes y de las obras públicas, la rica actividad cultural... todo aquello, en fin, indicativo de una calidad de vida superior a la que dejan al otro lado de la frontera española.

Mesonero Romanos, por ejemplo, visitó Francia e Inglaterra entre agosto de 1833 y mayo de 1834. De este primer itinerario no llegó a redactar más que los fragmentos correspondientes a su paso por Valencia y Cataluña. Del resto sólo elaboró un índice,⁵ pero no cabe duda de que inspiró muchas de las reformas que propuso para mejorar su ciudad natal. Seis años después, recién terminada la primera guerra carlista, atraviesa de nuevo los Pirineos. De esta ocasión sí publicó un detallado relato que bien podríamos considerar modelo de otros semejantes. En sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica de 1840-1841*,⁶ «resplandece [...] el buen sentido de este españolista cien por cien, que no se encierra en la tonta pretensión de estimar todo lo de fronteras adentro como superior a lo de fronteras afuera, pero que tampoco cae en el extremo de un papanatismo atónito de signo contrario. Los apuntes de viaje de Mesonero, aparte su valor documental, encierran siempre una intención práctica: recoger en forma de enseñanzas aprovechables para el propio país cuanto de bueno puede aprenderse o estimarse en los demás».⁷

Similar talante descubrimos en el autor de los *Viages de Fr. Gerundio, por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*,⁸ «escritos para amenizar algún tanto un periódico diario», algo después que

5. *Trabajos no coleccionados*, Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1903-1905; II, p. 586. (Reproducido por C. Seco Serrano en el «Estudio preliminar» a las *Obras de Don R. de M. R.*, Madrid, BAE, 1967; I, páginas xlii-xliii, n. 35.

6. Madrid, 1841; recogido en *Obras*, V, pp. 250-393.

7. Seco Serrano, «Estudio preliminar», pp. il-l.

redactara *El Curioso parlante* los suyos. Incluso es muy parecida la ruta seguida por ambos. Nada extrañas son tales coincidencias entre contemporáneos con intereses literarios comunes y con similar capacidad receptiva ante los ideales de progreso material representados por las sociedades centroeuropeas.

El libro de Modesto Lafuente no sólo es la más extensa sino también probablemente la mejor aportación española a este género de *memorias*, cuya característica básica consiste en fundir la técnica del *artículo de costumbres* con el de la *literatura de viajes*.

En efecto, el autor comunica sus impresiones al lector mediante dos procedimientos: el puro relato o descripción de su *alter ego*, y el diálogo de Fray Gerundio con su criado lego, Pelegrín Tirabeque. Las diferencias de instrucción entre ambos determinan una percepción de la realidad en dos niveles complementarios que integran un diálogo de preguntas y observaciones aparentemente ingenuas, pero cargadas de sentido común en el uno, y de respuestas intelectivas en el otro. Su función es semejante a la que en el artículo de costumbres desempeña la pareja *amo/criado* o *tío/sobrino*. Los dos —y esto es lo más importante— reaccionan ante lo que advierten diferente y, desde su condición de españoles, echan en falta en la sociedad de que forman parte. La perspectiva, pues, se logra por el contraste entre dos experiencias. Y ello condiciona la estructura de una narración elemental, construida por la yuxtaposición de escenas o cuadros enlazados por los viajeros personajes de ficción.

Como sus precedentes —remotos o próximos—, Lafuente no aspira a crear una *ilusión de realidad*, sino a *pintar la realidad misma*. Tampoco tienen sus *Viages* un mero carácter descriptivo, si por descripción entendiésemos el traslado del paisaje, de los edificios o monumentos. Son los comportamientos humanos lo que acapara el interés del autor: los hábitos y realizaciones aprovechables para sus conciudadanos. «Yo no me he propuesto —afirma al principio— más que dar a conocer a mis compatriotas llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y países que he recorrido» (I, p. iv). Su fin es instruir, repite dentro del texto en varias ocasiones; dar cuenta y razón, con sentido utilitario, de las sociedades modernas, más civilizadas, industriales y prósperas que la suya, que han llegado a ese estadio por la acción benefactora de un buen gobierno.

Por obvias razones de proximidad y de influencia, es lógico que sea la francesa la nación a la que dedique mayor atención y espacio en los *Viages*. Con la excepción de 35 páginas iniciales, ocupadas por el relato del trayecto Madrid-Irún, todo el primer volumen y el final del segundo —camino de regreso a España— se refiere al país vecino.

8. Madrid, Establecimiento tipográfico, 1842 (2 vols.: I, 468 pp.; II, 465 pp. in 8.º).

Son en total más de 450 páginas en las que apenas hay lugar para la contemplación de la naturaleza o para la evocación del pasado. Nada de romanticismo lírico y evasivo... Los sentimientos nostálgicos emergen al contrastar los logros de una sociedad adelantada, segura de sí misma, con la que se debate en la confusión, el desasosiego y la inercia.

Fr. Gerundio y Tirabeque siguen el itinerario frecuentado por los viajeros españoles que parten de Madrid. Es decir, la ruta que atraviesa Francia por el O. desde el puente sobre el Bidasoa hasta la ciudad de Valenciennes, en la frontera con Bélgica. Pasajero en la *malle-poste* o en las *messageries royales*, el narrador va dando rápida cuenta del paso por Bayona, la región de las Landas, Burdeos —en donde se detiene algunos días—, Angulema, Poitiers, Tours, Orléans y París, meta del viaje y a cuya descripción dedica la mitad del volumen. Con cierta frecuencia se desvía del camino principal para acercarse a lugares próximos, bien para rendir homenaje al recuerdo de algún personaje que tenga vigencia en el presente —visita del castillo, próximo a Brède, en donde Montesquieu alumbró «pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen, después de dos siglos, las naciones que se dicen más libres» (p. 111); o, ya en París, excursión a Montmorency para conocer el *Pabellón* que fue residencia de Rousseau—; bien para admirar alguna obra de ingeniería, como cuando se traslada en vapor desde Burdeos hasta Langon o hasta Cubzac para ver sus magníficos puentes colgantes; o hacer uso del tren, por primera vez en su vida, en una gira al balneario de La Teste. Rara vez muestra complacencia estética por el paisaje: basta una adjetivación convencional para ponderarlo. Es sensible sin embargo, a los efectos de la acción humana: a los campos bien labrados, con sus viñas y árboles alineados, a las casas blancas y aseadas que salpican la verdura, al ajetreo de los campesinos, porque son índice de «la prosperidad y riqueza de un gran pueblo» (p. 42). Cuando atraviesa un alcornocal o un pinar, repara en su aprovechamiento para la obtención de corcho y de resina: «¡cuántas y cuántas producciones hay en nuestro suelo —exclama— que dejamos se rían de nuestra incuria y flojedad!» (p. 61).

Nunca falta esa perspectiva. En contraste con el abandono e inseguridad de los caminos españoles, los franceses están cuidados y vigilados:

«Desde que se sale de Behovia —advierte al lector—, se empieza a conocer que se camina por un país donde hay gobierno, pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento a la más pequeña hoya que se forme, y para reemplazar a la primera piedra que falte» (p. 41).

Los *pontonniers*, situados de trecho en trecho, son los encargados de mantener el firme en perfectas condiciones para que circulen por él toda clase de vehículos, con el consiguiente desarrollo de las comunicaciones y el comercio. Y ello sin riesgo de ser expoliados los transeúntes por asaltadores: de impedirlo se ocupan los *gendarmes*, apostados a lo largo del camino.

También facilita la movilidad de los franceses lo variado y confortable de los transportes públicos. Bien es verdad que las *diligencias* —semejantes a las *galeras* españolas, pero más «decentes»— son lentas, y sus usuarios, pertenecientes a la «democracia de los caminos»; pero los coches del correo, que constituyen el medio de locomoción habitual de las «personas regularmente acomodadas», son rápidos, holgados y «sólidamente contruidos». Por añadidura, el viajero, acostumbrado a la rudeza de los zagales y mayores celtibéricos, se verá tratado con solicitud y cortesía por los uniformados postillones.

Completa este avance de las comunicaciones un espectacular servicio de telégrafos, cuyas líneas atraviesan el país en todas direcciones, como ya sucede en otras naciones, menos en España, lo que avergüenza a Fr. Gerundio.

La comprobación de los adelantos materiales provoca en el viajero una sensación de frustración y de indignación al compararlos con el atraso español, «no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno» (p. 173), en consonancia con el carácter abúlico del pueblo. Porque ese es uno de los *leit-motiv* de estos *Viajes*, reiteradamente expresados: por una parte, sería necesario «tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen más aficionados a manejar la azada y el martillo que a rozar capas en las esquinas, tomando el sol como los de nuestros días» (p. 164); por otra, que los gobernantes diseñaran una política continuada que fomentara la actividad y las invenciones individuales en beneficio de la comunidad. Pero, a falta de ese proyecto colectivo, «el edificio de nuestra regeneración no ha podido salir de sus cimientos» (p. 265).

En cambio, en la Francia de Luis Felipe —el rey eminentemente burgués que se había beneficiado de la revolución de julio para acabar convirtiendo el país en paraíso de capitalistas y especuladores financieros—, Fr. Gerundio veía el modelo al que podía aspirar el reformismo hispánico.

Todo dependía del punto de partida. No sin sonrojo por nuestra parte leemos hoy el artículo titulado «La prisión de los muchachos», en que Modesto Lafuente alaba el sistema penitenciario inspirado en las doctrinas de Jeremías Bentham: los reclusos, de edad comprendida entre los 7 y los 14 años, trabajan durante todo el día, sin más tiempo de asueto que 6 minutos diarios y 15 de recreo solitario, cada 48 horas, en el patio. El resto del tiempo están ocupados

en el aprendizaje de la doctrina cristiana y de diversos oficios. Parte del producto de las manufacturas que elaboran se dedica al beneficio del centro, y parte «se deposita en la caja de ahorros de cada preso, para que el día que salga de la prisión pueda contar con un pequeño capital» (p. 378). Claro es que si se compara esta situación con la carencia de tales instituciones en España, en donde «los presos se pudren en las cárceles», sin que todavía se hubiera aplicado el principio de la *redención por el trabajo*, el adelanto era evidente.

Es obvio que no se podía identificar a toda la sociedad francesa con el moderado conservadurismo imperante en las clases dirigentes. El socialismo utópico de Saint-Simon y de Fourier había sido suficientemente difundido. Sin embargo, Lafuente se revela bastante refractario. Ninguna referencia se encuentra en sus *Viages* al progresismo del primero; con «Fourier y los fourieristas» —título de otro artículo (pp. 347-355)— se muestra irónico. Entre esos dos extremos —utilitarismo burgués y utopía revolucionaria— se sitúa Lafuente. Contempla con agrado la paz social —prueba de su precariedad fueron los sucesos de 1848— que permite dar rienda suelta al individualismo de los franceses, cuya laboriosidad se orienta hacia la adquisición de bienes materiales. No hay oficio bajo sí «produce francos», observa en una ocasión (p. 445). Ese «egoísmo refinado», sabiamente canalizado por el gobierno, es el que ha permitido que Francia alcance un envidiable grado de bienestar, convirtiendo un defecto en virtud nacional. Por afán de dinero, se deja a un lado el falso orgullo que se encuentra en ese «tipo de pobres soberbios y de entonados tontos tan frecuentes en España» (p. 447). Por interés se es amable con el extranjero, puntual en el trabajo, tolerante con los demás.

Para Fr. Gerundio, que no olvida nunca quién es su narratario, lo ideal sería que los españoles aprendieran de la experiencia ajena sin renunciar a sus propias virtudes. Mensaje del más puro costumbrismo.

Por supuesto que todas estas consideraciones se embuten formalmente en una *guía de viajeros* que repasa en lo anecdótico: en la manera de comportarse en la mesa, en los lugares públicos, en la insaciable afición a la lectura y a los espectáculos; o en sugerir visitas a monumentos característicos de las ciudades por donde pasa. Pero, a mi entender, lo esencial de los *Viages* es la reflexión continua —todo lo rudimentaria que se quiera— sobre el modo de regenerar España. La observación de la realidad francesa —como la belga o la holandesa o la alemana— no tiene, pues, un fin en sí misma: es el medio de que se vale el autor para contraponer la imagen interior a otra externa. Su curiosidad está movida por la utilidad: mostrar en perspectiva las soluciones ensayadas en Europa y, por contraste, los problemas pendientes en España.